

S.O.S. Gorilas

Lucía Laragione

Ilustraciones de Fernando Falcone

loqueleg

*A la banda de nietos:
Maxi, Eva, Lucía,
Renata, Camila, Juan,
Ignacio, Violeta
y Franny.*

CÓMO COMENZÓ LA AVENTURA

Aquella ya lejana mañana de julio, Miranda seguía atentamente, desde el ventanal que daba sobre el parque de Washington Square, la desenfrenada carrera de las ardillas que, saltando de árbol en árbol, se perseguían las unas a las otras.

Una rara mezcla de alegría y tristeza agitaba a la chica. Al día siguiente partiría rumbo al África y eso significaba, sin duda, cumplir un sueño. Pero, al mismo tiempo, le costaba tener que despegarse del lugarcito que se había armado en el Greenwich Village, donde se había instalado dos años atrás al dejar la casa de sus padres en Buenos Aires. Y ese sí había sido un cambio muy fuerte: no solo abandonar la casa familiar sino trasladarse a la poderosa, energética, hermosa y feroz Nueva York.

Unos segundos después, Miranda dio la espalda al ventanal y enfrentó nuevamente su realidad: ropa, libros, *CDs* desparramados sobre la alfombra que cubría el piso de cemento del *loft* se mezclaban con alimentos enlatados y diversos

productos de tocador. Más allá, dos valijas, un bolso y un par de cajas esperaban con sus enormes bocas abiertas.

Mientras empezaba a acomodar y a guardar, la chica recorrió mentalmente los diferentes pasos que la habían conducido hasta el presente. En el origen estaba, sin duda, la fascinación que, desde niña, sintió por los animales y, especialmente, por los monos. Con una sonrisa, recordó el trabajo que les daba a sus padres, cuando la llevaban de visita al zoológico, arrancarla de la contemplación de los chimpancés. Podría haberse pasado horas observándolos aunque, al verlos encerrados en las jaulas de cemento tan lejos de la selva, experimentara pena y compasión.

Más tarde, cuando empezó a leer los artículos de Jane Goodall, supo que los chimpancés cautivos, alejados de sus congéneres, podían, tal como los seres humanos, llegar a enloquecer. Pensó que, por suerte, actualmente las cosas eran diferentes. Desde hacía algunos años, los zoológicos del mundo habían abandonado el viejo concepto de exhibir a los animales en jaulas, como seres exóticos, para transformarse en un espacio de preservación de las especies, sobre todo de aquellas en peligro de extinción. Para ello, las nuevas instituciones buscaban recrear el hábitat y las condiciones de vida salvaje a fin de que los

animales pudieran desarrollar, aun en cautiverio, conductas similares a las que tenían en libertad y, de este modo, lograran incluso reproducirse.

A la ropa cómoda y fresca que estaba guardando, la chica agregó una capa para lluvia y botas que la protegerían al caminar por la selva. Al hacerlo, sintió una rara emoción quizá porque el pequeño gesto de acomodar el calzado en la valija le confirmó que pronto, muy pronto, se aventuraría en ese territorio con el que tanto había soñado.

Cerró la valija y, en el mismo instante, recordó la sorpresa de sus padres (que siempre pensaron que ella se inclinaría por Veterinaria o Biología), cuando llegado el momento de elegir una carrera universitaria, se decidió por Ciencias de la Comunicación. Su deseo era hacer periodismo en una revista de las características del *National Geographic* cuyas notas sobre África tanto la habían hecho viajar con la imaginación. Sin embargo, el azar, el destino, los dioses, o quienquiera que fuese, dispusieron para ella un camino paralelo pero diferente.

Ya recibida, con excelente promedio y dominio preciso del inglés y del francés, tuvo la inmensa suerte de encontrar ese aviso de la S.O.S. Gorilla Foundation, con sede en Nueva York, que ofrecía tres becas a jóvenes profesionales latinoamericanos: dos biólogos/as y un/a licenciado/a en Ciencias de la

Comunicación. Hasta ese momento, Miranda no tenía la menor idea de que existiera una fundación que se dedicaba a preservar la vida de los gorilas. Pero en cuanto se enteró, supo que quería trabajar allí. De manera que, sin dudar, se postuló para la beca.

Para concursar tuvo que presentar, además de sus antecedentes y de las habituales recomendaciones de los profesores que la habían tenido como alumna destacada, un informe lo más completo posible sobre la situación de los distintos grupos de gorilas.

Si bien había conocido a los chimpancés, la chica no había visto jamás un gorila en vivo y en directo ya que en el Zoológico de Buenos Aires no había esa clase de simios. Para acercarse al conocimiento del hábitat, características físicas, hábitos y conductas de estos monos y enterarse también de cuáles eran las amenazas que pesaban sobre ellos, Miranda entró en contacto, a través de Internet, con la American Society of Primatologists de EE. UU. y con The primate Society of Great Britain, de Inglaterra. Luego, la lectura de los trabajos del científico George Schaller y del libro *Gorilas en la niebla* escrito por Dian Fossey (la norteamericana que dedicó gran parte de su vida a estudiar y a defender a los gorilas de montaña) le despertaron un fuerte deseo de trabajar por los monos y su causa.

Finalmente, el informe que, como resultado de sus investigaciones, Miranda presentó a la S.O.S. Gorilla Foundation fue elegido entre cien trabajos y ella ganó la beca.

Sobresaltada, en medio del repaso que hacía de su historia, la chica recordó que todavía no había tomado la pastilla de quinina para prevenir la malaria, tratamiento indispensable antes de viajar al continente africano. Interrumpiendo por un momento la tarea de guardar, en las cajas, las latas de leche en polvo, el café instantáneo, las sopas, las mermeladas y las galletas dulces, fue en busca de un vaso de agua y cumplió con la toma diaria.

Terminado el año de la beca, le habían ofrecido quedarse en la S.O.S. Gorilla Foundation, a cargo de las “comunicaciones”, lo que implicaba inventar todas las maneras posibles de transmitir la enorme pérdida que significaría para la humanidad la extinción de los grandes monos (gorilas, chimpancés, orangutanes y bonobos) en peligro de desaparecer en un plazo de diez años, debido a diferentes factores.

Y en eso había estado trabajando llena de ideas y entusiasmo: en difundir información sobre los gorilas y sus hábitos y, especialmente, sobre las amenazas que los hacían peligrar; estableciendo relaciones con otras instituciones que, a su vez, se

ocupaban de preservar la vida salvaje y contándole a la gente toda la actividad desarrollada por la S.O.S. Gorilla Foundation.

Unos días atrás, Mr. Goodbar, el nuevo presidente de la Fundación, había citado a Miranda en su despacho, enterándola de la importancia que tenía, para el trabajo de difusión que ella llevaba a cabo, el que hiciera una experiencia sobre el terreno. Y a continuación le había dado la gran noticia: la enviaría, por un par de meses, a la reserva de Kahuzi Biega, en el corazón mismo del África. Inmediatamente, y tal vez para disimular la incomodidad frente a las lágrimas que desbordaron a la chica, Mr. Goodbar le recordó que el viaje no era gratis: iba a costarle, por lo menos, el pinchazo de la vacuna contra la fiebre amarilla.

Mientras terminaba de ordenar sus cosas, Miranda se dijo que, dentro de un par de días, ya no estaría bebiendo el café del desayuno en Starbucks ni se cruzaría con su amigo el músico, que tocaba el saxo en el precioso restaurante de la esquina, ni se detendría a hojear libros y revistas, como solía hacerlo cada tarde, en la Barnes & Noble de la 15 y Broadway. Dentro de un par de días, ¡estaría en el corazón de la selva! Y al pensarlo, un estremecimiento donde se mezclaban la excitación y algo así como el temor a lo desconocido la recorrió de pies a cabeza.

PRIMERA PARTE
CONGO, ÁFRICA



CAPÍTULO I



Kahuzi Biega, 17 de julio, 22 horas

A *la luz de una lámpara de querosén (el grupo electrógeno hoy no funciona pero, por suerte, la batería de la laptop está cargada) empiezo a escribir las notas que serán mi diario de viaje. Para no olvidar nada, me prometo llevar un minucioso registro de experiencias, pensamientos y emociones.*

Afuera, la sombra de la selva oscurece profundamente el cielo: como un telón negrísimo, la noche ha caído de golpe. Lejanos sonidos de tambores, que se mezclan con otros que no puedo identificar, me llegan desde algún lugar. Imagino grandes búhos que emiten su siseo nocturno, diferentes monos que se llaman entre sí para transmitirse tranquilidad en la noche cerrada, roedores que desmenuzan con sus dientes la corteza de los árboles. Y me digo que es cierto: ¡estoy en medio de la selva! ¡Yo, que hace solamente dos días caminaba por Madison, estoy ahora en el corazón mismo del África!

El 16 de julio me embarqué en un vuelo que tenía como destino final Kinshasa, la turbulenta capital del Congo. En el aeropuerto, me esperaba un africano, alto y flaco, que sostenía sobre su pecho un cartel con mi nombre. Se presentó como Dongala y resultó ser el hombre de la S.O.S. Gorilla Foundation en la reserva Kahuzi Biega. Él será mi guía y compañero permanente durante los próximos meses. Me cae muy bien aunque me impresiona mucho su cara llena de cicatrices. Imagino que son la marca de una historia terrible. Quizás en algún momento me anime a preguntarle...

Con las piernas acalambradas por las largas horas de vuelo, hice lo que pude para montarme a la destartalada avioneta que nos conduciría a la reserva. La verdad es que me daba miedo el estado del avioncito y se debía notar porque mi compañero trató de tranquilizarme hablándome sobre la pericia del piloto, capaz —afirmaba él— de hacer volar hasta uno de papel, con la mayor seguridad.

Cerré los ojos y me entregué mansamente al destino. Cuando volví a abrirlos, estábamos en el aire y volábamos, volábamos. A medida que pude sentirme más tranquila, empecé a mirar hacia abajo. Me llevó algún tiempo registrar y ponerle nombre a lo que ya estaba viendo.

—¡Pero esos que se están bañando en el río parecen hipópótamos! —exclamé muy excitada.

Dongala sonreía sin decir ni una palabra.

—Y esa mancha amarilla que se acerca majestuosa y se inclina a beber ¡es un león! —dije sintiendo correr la adrenalina.

De golpe pensé que si me producía sensaciones tan intensas ver a los animales desde el aire, estar cerca de los gorilas me llevaría al borde del infarto. Así que —concluí— mejor empezaba a mantener la calma. Respiré hondo. Allá abajo, pasaba una manada de elefantes.

—Falta poco para llegar —anunció el africano.

Poco después aterrizábamos en la reserva.

Y ahora estoy aquí. Instalada en esta cabaña que tiene un único cuarto con su baño y los muebles indispensables: un catre, una mesa y cuatro sillas.

En la segunda cabaña, que es el triple de grande, duermen Dongala y los otros guardaparques. Allí hay también una cocina.

A modo de bienvenida, mi compañero y guía preparó un guiso de fruto de quingombó y “fufu”, una comida a base de mandioca. Supongo que tendré que acostumbrarme a los nuevos sabores. De postre, por suerte, tocó mango. Yo, que siempre los compré en la frutería, hoy los tomé del árbol: los mangos

cuelgan de unos tallos muy largos como cables y crecen al alcance de la mano.

Mañana, muy temprano, saldremos a recorrer la reserva: hasta ahora han logrado censarse veinte familias de la subespecie llamada gorilas del oeste. Los de montaña –los más amenazados– viven arriba, en el límite con Ruanda y Uganda.

Pero ahora se me están cerrando los ojos de cansancio. Así que, para poder levantarme al alba, debo irme ya mismo a la cama. Mañana seguramente tendré más para contar.

NOTA: *Me encanta la manera en que Don-gala, en un francés con acento africano, pronuncia mi nombre. Cuando dice “Miranda” parece que cantara.*